

RECSO

Revista de Ciencias Sociales



Volumen 2, año 2, Montevideo, 2011.

RECSO es la Revista de Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Católica del Uruguay, publicación arbitrada de producción original en sociología, ciencia política y trabajo social, de frecuencia anual.

EDITOR

LEANDRO DELGADO
ledelgad@ucu.edu.uy

EDITORES ASOCIADOS

LUCÍA MONTEIRO
JAVIER PEREIRA

COMITÉ EDITORIAL ASESOR

PABLO MIERES
LUCÍA MONTEIRO
JAVIER PEREIRA
FEDERICO RODRÍGUEZ
IGNACIO ZUASNÁBAR

COMITÉ EDITORIAL ACADÉMICO

CÉSAR AGUIAR
Universidad Católica del Uruguay
JOSÉ AROCENA
Universidad Católica del Uruguay
LUIS EDUARDO GONZÁLEZ
Universidad Católica del Uruguay
MARÍA ESTER MANCEBO
Universidad de la República
ANTONIO PÉREZ GARCÍA
Universidad Católica del Uruguay
JOSÉ RILLA
Centro Latinoamericano de Economía Humana
Universidad de la República
CECILIA ZAFFARONI
Universidad Católica del Uruguay

COMITÉ EDITORIAL INTERNACIONAL

FRANCISCO ALBURQUERQUE
Consultor Internacional en Desarrollo Económico Local
MARÍA JOSÉ ÁLVAREZ
Universidad del Rosario, Bogotá
JAVIER AUYERO
University of Texas at Austin
MARCELO CAVAROZZI
Universidad Nacional San Martín, Buenos Aires
ISMAEL CRESPO
Universidad de Murcia
FERNANDO FILGUEIRA
Comisión Económica para América Latina
y El Caribe, Santiago de Chile
CARLOS HUNEEUS
Centro de Estudios
de la Realidad Contemporánea, Chile.
RUBEN KAZTMAN
Universidad Católica de Chile
FERNANDO LÓPEZ-ALVES
University of California, Santa Bárbara
JUAN PABLO LUNA
Pontificia Universidad Católica de Chile
FRANCISCO PANIZZA
The London School of Economics and Political Science
MARIO RIORDA
Universidad Católica de Córdoba
BRYAN ROBERTS
University of Texas at Austin
ANTONIO VÁZQUEZ BARQUERO
Universidad Autónoma de Madrid
EUGENIO TIRONI
Universidad Alberto Hurtado, Chile

DISEÑO E IMPRESIÓN: MONOCROMO

Vázquez 1384, piso 8, apto. 12
11200 Montevideo, Uruguay
Teléfono: +598 2 400 1685
info@monocromo.com.uy

Las ilustraciones de este número registran las elecciones municipales en Montevideo el 9 de mayo de 2010 y no son necesariamente un comentario sobre el tema del dossier central. Pertenecen a Lucía Kacprzyznsky, estudiante de Comunicación Social de la Universidad Católica del Uruguay.

Edición hecha al amparo del Art. 79 de la Ley 13.349 (Comisión del Papel)

ISSN: 1688-6682. ISSN en línea: 1688-7727. Depósito Legal: 354737

El contenido de los artículos y reseñas es responsabilidad de sus autores. No se pueden reproducir artículos ni parte de ellos sin indicar su procedencia.

IMPRESO EN URUGUAY - PRINTED IN URUGUAY

PRESENTACIÓN

Esta revista constituye otro aporte a la tradición de enseñanza universitaria, investigación aplicada y servicio a la comunidad que, en el campo de las Ciencias Sociales en Uruguay, ha venido impulsando la Universidad Católica desde hace más de veinte años. Aspiramos a contribuir al desarrollo de las Ciencias Sociales en el país y la región, al tiempo que generar insumos que permitan articular nuevas miradas y respuestas a los complejos desafíos que enfrenta nuestra sociedad contemporánea recibiendo artículos sobre sociología, ciencias políticas y trabajo social.

RECSO

Volumen 2. Año 2.

DOSSIER: POPULISMOS LATINOAMERICANOS DEL SIGLO XXI

- 10 *Introducción: El populismo en los tiempos de democracia*
ENRIQUE PERUZZOTTI
- 15 *¿De qué hablamos cuando hablamos de populismo? «¡Más populista será tu abuela!»*
FRANCISCO PANIZZA
- 39 *Populismo, rentismo y socialismo del siglo XXI: el caso venezolano*
MARGARITA LÓPEZ MAYA Y DINOLIS ALEXANDRA PANZARELLI
- 63 *Las tensiones no resueltas entre el populismo y la democracia procedimental*
CARLOS DE LA TORRE
- 81 *Consejeros del príncipe: intelectuales y populismo en la Argentina de hoy*
VICENTE PALERMO

ARTÍCULO

- 105 *Las naciones rioplatenses: la construcción de percepciones contemporáneas sobre la nación en militantes uruguayos y argentinos*
JORGELINA LOZA

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

- 131 *La co-construcción de políticas públicas en el campo de la economía social,* de Mirta Vuotto (compiladora)
PABLO GUERRA
- 134 *La participación de las juventudes hoy,* de Federico Rossi
JAVIER PEREIRA
- 137 *Construcción social de la discapacidad,* de María Noel Míguez
LIDA BLANC

CONSEJEROS DEL PRÍNCIPE. INTELLECTUALES Y POPULISMO EN LA ARGENTINA DE HOY

Counselors to the prince. Intellectuals and populism in today's Argentina

VICENTE PALERMO*

Resumen. Este artículo abordará la relación entre intelectuales públicos y política en la Argentina durante las gestiones de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner tomando en cuenta principalmente a Ernesto Laclau, por una parte, y al grupo de intelectuales Carta Abierta, por otra. Tanto Ernesto Laclau como el núcleo de Carta Abierta mantuvieron intensos vínculos con ambos presidentes así como una vigorosa participación expresada en debates, presencia en los medios y declaraciones. Esta participación, así como los vínculos con los presidentes, que se intensificaron a partir del conflicto entre el gobierno nacional y los sectores agropecuarios en 2008, fueron intensa y directamente políticos, puesto que se proponían incidir en la configuración político-cultural argentina y en las decisiones de actores políticos comenzando por los propios presidentes¹.

Palabras clave: populismo, kirchnerismo, política argentina, intelectuales

Abstract. *In this article we will address the relationship between public intellectuals and Argentinean politics during the mandates of Néstor Kirchner and Cristina Fernández de Kirchner taking mainly into account Ernesto Laclau, on the one hand, and the group of intellectuals Carta Abierta, on the other hand. Both Ernesto Laclau and Carta Abierta group maintained intense links with both presidents as well as a strong participation showed in debates, presence on the media and statements. This participation, as well as links with presidents, that were intensified after the conflict between the national government and the agricultural and livestock sectors in 2008, were intensively and directly political, since they intended to have a bearing on the Argentinean political-cultural composition and on the decisions of political actors, starting by the presidents themselves.*

Keywords: *populism, Kirchnerism, Argentinean politics, intellectuals*

* Doctor en ciencias políticas, investigador principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina, autor de numerosos artículos y libros sobre temas de política e historia política argentina y brasileña.

1 Deseo agradecer los útiles comentarios de Juan Lucca a una versión anterior de este texto, eximiéndolo de cualquier responsabilidad por lo que en él se afirma.

Los principales argumentos son los siguientes. Estrictamente, si tomamos en cuenta el modo en que Ernesto Laclau caracteriza el populismo², el kirchnerismo no puede ser considerado populista. Es, en cambio, una estructura política cuyo propósito primordial es la acumulación de poder y la perduración en la cúspide del régimen político, con una indiscutible orientación popular y una fuerte inclinación a la hegemonía institucional y al discrecionalismo. En función de esta estructura, Néstor Kirchner puso en juego dos mecanismos. El primero de ellos estriba en su red de alianzas políticas prioritarias. Inicialmente, procuró articular una base política a través de la así llamada transversalidad; luego, buscó satisfacer este objetivo en el propio Partido Justicialista. Ambos medios, aunque cumplieron sus propósitos, resultaron en cambio poco propicios al trazado de una frontera populista (volveremos luego sobre el punto). El segundo mecanismo consistió en una serie de acciones conflictivas. Se trató de una elección sucesiva de enemigos frente a los que los Kirchner se fueron volcando siempre en la certeza de chocar contra un oponente aislado y de suscitar respaldo público a sus acciones. La recomposición de la Suprema Corte de Justicia, el tratamiento de la cuestión de Derechos Humanos, la cuestión militar y el conflicto con los medios (centrado en una empresa periodística en particular) ilustran este tipo de acciones. Estrictamente, no puede hablarse en estos casos de una polarización porque, en efecto, las estimaciones con las que Kirchner operó al tomar sus iniciativas se mostraron correctas³. Pero esta estrategia falló en el caso del así llamado «conflicto con el campo». Fue el campo, lejos de actuar en soledad, el que logró articular muy diversos sectores descontentos por variadas razones y constituirse como punta de lanza de un muy amplio arco opositor. Tuvo lugar entonces, por primera vez en estos años, una polarización de gran alcance e intensidad.

Esta polarización no llegó a cristalizar en una identidad populista, pero dio ocasión a que las preferencias de diversos intelectuales se manifestaran. Aquellos

2 Este trabajo no se ocupa de *La razón populista* (2005) como obra teórica en sí misma; al respecto, además de dar por supuesto su conocimiento por parte del lector, remito a Emilio de Ípola (2009) y Gerardo Aboy Carlés (2007). Las referencias que haré a ese texto se relacionarán directamente con el contenido de las intervenciones públicas de Laclau. Dicho esto, debo formular una aclaración de gran importancia para la lectura de este artículo: en *La razón populista* como en otras de sus obras, Ernesto Laclau hace dos cosas muy diferentes. Por un lado, analiza, elabora una trama conceptual sobre lo que, a su entender, el populismo es; por otro, reivindica el populismo y toma partido a su favor. Personalmente, encuentro compartible la teoría de Laclau; no concuerdo, en cambio, con su preferencia normativa.

3 La política de medios de comunicación del gobierno (ver *Clarín*, 20 de junio de 2010) ilustra muy bien, a mi entender, la diferencia entre una política democrático-republicana, una política populista y la política de enemistades limitadas de los Kirchner. Delante de un mercado muy concentrado como es el argentino, la primera buscaría desconcentrarlo. La segunda incorporaría el conflicto a una cadena equivalencial popular que abarcaría todo el campo político. La tercera procura, antes que nada, construir una red de medios propia. Otro ejemplo está dado por la relación con «organizaciones sociales». En términos generales, y más allá de situaciones puntuales, esta relación se desplegó en términos muy diferentes a los deseados por Laclau: fueron, como es el caso de los piqueteros, más bien cooptadas que movilizadas en una configuración populista.

cuyas posiciones eran más expresivamente favorables a los Kirchner se pronunciaron sin ambages por avanzar hasta convertir al kirchnerismo en un populismo en pleno derecho. Estas intenciones no hallaron concreción, porque el kirchnerismo no las hizo suyas. Una vez que el proyecto de ley de retenciones al sector agropecuario fue rechazado en el Senado, los Kirchner bajaron el tono confrontativo de su discurso y procuraron retomar la iniciativa política, con suerte desigual.

En el marco de la polarización establecida, uno de los intelectuales que más se destacó fue Ernesto Laclau. En verdad, desde la publicación de *La razón populista* en 2005, su autor tuvo, a lo largo de los siguientes cinco años, numerosas e importantes intervenciones públicas, muchas de ellas en diarios y revistas de gran circulación manifestamente respaldadas en su excelente contribución teórica. Por ende, resulta pertinente analizar y discutir aquí su acción pública como un conjunto indivisible, relacionado con su obra teórica.

Laclau identifica expresamente, en *La razón populista*, la política con el populismo. Traza una línea divisoria del campo conceptual (en los pasos de Jacques Rancière) dejando de un lado «política=populismo» y del otro «administración». Siendo entonces la disyuntiva «populismo» o «administración», el populismo (tal como es definido por Laclau) no solamente se carga de todos los valores inherentes a la política sino que es la única política posible (por oposición a la administración connotada de «reaccionaria» y «conservadora», «muerte de la política»).

La división del campo conceptual y la postulación del populismo como la única política cobraron concreción en la densa intervención de Laclau en el campo político/cultural argentino (y, en menor medida, en el de otros países sudamericanos). Tras la publicación de *La razón populista*, Laclau demostró la mayor consecuencia entre lo que afirma en su texto y su militancia política⁴. No existe la menor incongruencia entre su elaboración política y el contenido de sus profundas incursiones en la política argentina.

Como militante, el objeto de deseo de Laclau es, indiscutiblemente, la Argentina. Mientras su análisis sigue siendo tan sofisticado como siempre, sus recomendaciones (en las que, reitero, Laclau es consecuente con sus concepciones teóricas) están enderezadas inequívocamente a reforzar los rasgos populistas de la vida política. Pero, en prieta síntesis, lo que Laclau nos propone es hacer aquello que la Argentina hizo recurrentemente a lo largo de su historia, con muy malos resultados: dividirse en dos. En su libro, implícitamente (pero de modo inconfundible) Laclau nos propone un modo de pensar la política *tout court* (creo no

4 Creo que es pertinente utilizar este sustantivo; Laclau no solamente sostuvo sus opiniones con gran frecuencia en los medios, también ha sido escuchado por los Kirchner y otros dirigentes y hasta ha participado en campañas electorales del Frente para la Victoria. En ocasión de sus charlas antes militantes y simpatizantes, su discurso ha tomado la forma de una «bajada de línea». En un artículo periodístico, Daniel Mundo, criticando con toda razón a quienes identifican ideológicamente a Laclau con Carl Schmitt, sostiene: «Como Laclau se apropia de Carl Schmitt, queda inmediatamente emparentado con el pensamiento nacionalsocialista. A esto habría que sumarle que lo que Laclau logra es que el matrimonio presidencial se entere del modo en que viene actuando sin siquiera saberlo» (en *Página 12*, lunes 22 de setiembre de 2008).

exagerar diciendo que se trata de un ensayo sobre lo político más aún que sobre el populismo). La palabra del Laclau militante está enderezada a proponer cómo la política debe ser entendida y actuada —tiene una función performativa cuya eficacia no me es posible medir, pero que trasciende el respaldo a los Kirchner.

Sigamos el pensamiento de Laclau en sus intervenciones públicas. Así, en agosto de 2004, abogará por «un populismo progresivo que sea compatible con el sistema democrático, que abarque una cantidad de demandas, pero que va a tener, necesariamente, que romper con las distintas formas existentes de institucionalización del poder para producir un desplazamiento en las fronteras de lo social» (en *Clarín*, 8 de agosto de 2004). Uno tiene derecho a preguntarse, en la Argentina de hoy, cuáles son las formas del poder de institucionalización que habría que romper para producir ese desplazamiento. Laclau no lo aclara, pero cabe pensar, siguiendo la distinción que el autor establece en *La razón populista* entre política y administración-instituciones, entre totalidad populista y totalidad institucionalista, en una larga guerra de posiciones abarcando todo el arco institucional oponiendo voluntades polares hegemónicas y contrahegemónicas, con la primera basada en la tríada estado-pueblo-líder (volveremos luego al punto).

Por cierto, Laclau se mantiene en la oposición entre populismo=política y administración. Por ejemplo, explicará a los lectores que

la práctica gradualista reduce la política a la mera administración [. . .] Cuando el ministro de Economía desdeña por populistas a ciertas prácticas, está planteando que hay una forma administrativa de decidir respecto de estas cuestiones. No digo que esté necesariamente equivocado sino que plantea una idea de gestión de la cosa pública que no tiene nada que ver con la construcción de identidades populares más amplias. [. . .] Esta idea de pureza de la política como administración estuvo ligada al desarrollo del neoconservadurismo. Fue la forma en que el menemismo concibió el espacio público. (En *Página 12*, 5 de junio de 2005).

La idea de que el empleo peyorativo del término populista, con razón o sin ella, equivalga a postular una forma no política sino administrativa de decidir es, cuando menos, curiosa. A menos que quien la hace pretenda incurrir en un reduccionismo semejante al de Laclau descalificando cualquier alternativa a una hipotética racionalidad técnica como populista. El lance de Laclau es relevante, ya que asimila práctica gradualista y activismo institucional con mera administración y no política. Esta reivindicación de la política identificada con el populismo encuentra en Kirchner su virtual protagonista:

En Venezuela había una masa que, antes del ingreso de Chávez, no estaba integrada al sistema, por lo que se plantea la necesidad de integrarla de algún modo. Eso se produce a través de mecanismos populistas, a través de la identificación con el líder, y después viene el momento de la construcción institucional. En la Argentina no funciona de la misma manera porque hay una sociedad civil que no estaba tan desintegrada como en Venezuela. La función de Kirchner, si va a ser un líder populista real, es construir y articular políticamente a partir de una pluralidad de fuerzas

que estaban parcialmente organizadas. La forma política va a ser distinta, pero no hay dudas de que el futuro latinoamericano pasa por este tipo de proyectos. (En *Página 12*, 5 de junio de 2005)

No se trata de un mero *wishful thinking*, ya que Laclau no desconoce que, en sus propios términos, Kirchner no es aún un líder populista «real» delante de una sociedad civil que considera más integrada —y por tanto menos dúctil— que la venezolana. Pero aún a mediados de 2007, la transversalidad kirchnerista es, para Laclau, una promesa: «Yo no diría por ejemplo que Kirchner es un líder peronista, es un líder pos peronista y toda su tendencia a la transversalidad demuestra que él está pensando en la creación de un polo de centro izquierda que va a tener que recomponer con fuerzas que vienen de orígenes políticos muy diversos» (en *Clarín*, 29 de mayo de 2007).

Y dado que es por proyectos de este cuño que debe concebirse el futuro latinoamericano, éste (a pesar de lo vagamente definido) es un límite estricto, más allá del cual no hay diversidad o disenso, sino traición: «Tabaré [Vázquez] es el caso más obscuro de una traición regional, se fue a Washington a traicionar al Mercosur».

La prescripción de Laclau se afirma en la medida en que la resolución 125⁵ (del 10 de marzo de 2008) inaugura una nueva escena política:

—¿El gobierno de Cristina Kirchner es un gobierno populista?

—En sus mejores momentos sí, lo es. Un gobierno populista es un gobierno que convoca a los de abajo frente al poder. Hay populismo siempre que la sociedad se divida dicotómicamente entre los de abajo y los de arriba. Eso es lo que pasó con el peronismo y el kirchnerismo está empezando a hacerlo. El kirchnerismo está comenzando a estructurarse como signifiante. Hoy estamos ante un pos peronismo. (En *Debate*, 14 de abril de 2008).

En otras palabras, al calor de las vicisitudes políticas, ha aparecido claramente, y para quedarse, el diagnóstico de que a la política argentina le hace falta más polarización. Y en especial, una que oponga tajantemente a los de abajo y a los de arriba. El pueblo concebido como la única totalidad legítima, la frontera de exclusión que divide a la sociedad en dos campos, la parte identificada con el todo, elementos todos elaborados en *La razón populista*, son los pasos que, siguiendo los del peronismo histórico, debería dar el kirchnerismo, que «está comenzando a estructurarse como signifiante» (en *Debate*, 14 de abril de 2008).

Aunque esta índole populista del kirchnerismo mostró ser una ilusión, la acción política de Laclau no disminuye. Continuará viendo el proceso político con el cristal que lo refracta hacia la imagen de una frontera populista: «también una contrahegemonía conservadora o reaccionaria opera de la misma manera. Los manifestantes en el Monumento a los Españoles del año pasado en Argentina tomaron los significantes del campo como el elemento aglutinante, pero a la

5 Se trata de una resolución ministerial que altera los mecanismos establecidos para fijar las retenciones a la soja, básicamente fijando retenciones móviles con una franja extremadamente alta a partir de un determinado precio.

mayor parte de los que estaban en la manifestación, le importaba tres cominos la cuestión del campo, simplemente era la forma de crear una oposición frente al régimen popular (en campaña electoral, Santa Fe, 30 de mayo de 2009, disponible en www.video.google.com)»⁶. El gobierno ha devenido en régimen popular confrontado con una contrahegemonía reaccionaria. Laclau no se engaña en relación al resultado del conflicto con el campo: «lo que hoy en Argentina se ha producido es un avance contrahegemónico de la derecha. El conflicto del campo fue una especie de detonante alrededor del cual sectores completamente disgregados de la derecha encontraron un punto aglutinador» (www.video.google.com). No obstante, esto no lo aparta de su camino. Todo lo contrario, porque lo que percibe como la amenaza de una formación contrahegemónica lo ve también como la mejor oportunidad para la concreción, tan esperada, de una configuración hegemónica.

Por de pronto, si el kirchnerismo se trata de un régimen (popular), entonces el problema de la titularidad de los cargos políticos puede ser visto de otra manera que la correspondiente a un régimen democrático representativo. De allí que Laclau se manifieste en reiteradas oportunidades

totalmente de acuerdo con la reelección indefinida. La cuestionan pero siempre puede haber otro candidato. Lo que sucede es que el sistema institucional siempre es corporativo e intenta mantener el *statu quo*. Pasó con el yrigoyenismo y el antipersonalismo de Alvear, a través del cual se reconstituía la derecha. Pasó con la oposición a Perón, porque los conservadores no querían que predominara la voluntad popular. Cuando a mí me hablan de antipersonalismo, de oposición a la reelección y todo este tipo de cosas, saco el revólver porque lo que tratan de organizar a través de estos lemas es la traición nacional. (En *Veintitrés*, 4 de junio de 2009)⁷

Tomando distancia de Claude Lefort, sostiene Laclau en su libro, que «no es el caso de que exista una particularidad que simplemente ocupa un espacio vacío, sino una particularidad que, porque ha triunfado en una lucha hegemónica para convertirse en el significante vacío de la comunidad, tiene un derecho legítimo a ocupar ese lugar» (Laclau, 214). A mi entender Lefort sigue siendo pertinente, porque esa particularidad no se convierte en el significante vacío de la comunidad, ya que esto último es la nación, y el Estado constitucional; el todo es irrepresentable.

Las lanzas que Laclau quiebra a favor de la reelección indefinida nos muestran claramente cuál es su rival. Laclau distingue, es claro, su concepto de vacuidad —«no significa simplemente vacío en su sentido literal; por el contrario, hay

6 Claro que en este caso, siguiendo a Laclau, correspondería hablar de una falsa hegemonía. No obstante, gran parte de los asistentes dejó entrever otra cosa: que al país le iría mejor y dentro de ello a sí mismos, si las demandas del campo eran atendidas. Una hegemonía más genuina, por tanto.

7 Su énfasis reiterado en la reelección indefinida muestra que Laclau es perfectamente consciente de la fuerte concentración del poder que es inherente a la política populista de «dividir la sociedad en dos», postulando el monopolio de lo nacional y lo popular, que aconseja.

vacuidad porque ella apunta a la plenitud ausente de la comunidad» (214)— del concepto de Lefort; pero identifica la vacuidad con el triunfador de una lucha hegemónica que confiere legitimidad para ocupar el lugar del poder. «Pero esa plenitud/vacuidad sólo puede existir encarnada en una fuerza hegemónica...» (215). Laclau no se anda con vueltas: «no es cierto que la vacuidad pura haya reemplazado al cuerpo inmortal del rey [retomando la metáfora de Lefort]. Este cuerpo inmortal es encarnado por la fuerza hegemónica [. . .] la lógica de la encarnación continúa operando bajo condiciones democráticas, y, en ciertas circunstancias, puede adquirir una considerable estabilidad» (215). Creo no exagerar afirmando que esto conlleva una ruptura con el sentido democrático de los mecanismos institucionales de acceso al poder, propios de las democracias representativas. Las elecciones son, aquí, un mecanismo que confirma una voluntad colectiva constituida en un ámbito diferente, la lucha hegemónica que constituye el poder encarnado. En el mundo de Lefort, se pueden perder elecciones, en algunos casos, apenas porque las reglas de juego estipulan que el presidente en ejercicio no puede volver a ser candidato. Que una constitución establezca un principio abstracto cualquiera que limite el ejercicio de la primera magistratura es radicalmente incompatible con el populismo de Laclau. La diferencia entre el poder como lugar vacío de Lefort y el poder ocupado/encarnado por la fuerza hegemónica de Laclau se pone de manifiesto en el modo en que éste aboga en sus intervenciones públicas.

Por otra parte, dado que el campo político *debe* ser dicotómico, «traición», «conducta “objetivamente” favorable al enemigo» y otros viejos vocablos son forzadamente parte del léxico político: «Los movimientos sociales tienen razón: el Gobierno no fue demasiado lejos en ese campo. Pero la cuestión es ver cuál es la alternativa política, de carácter global, que estos movimientos presentan. No digo que sea el caso de Libres del Sur o Martín Sabbatella, que es un político honesto y progresista. Pero si empiezan a moverse por fuera de un espacio nacional popular como el kirchnerismo, pueden ser cooptados por la derecha» (en *Veintitrés*, 4 de junio de 2009). Y estrictamente aquella contrahegemonía que Laclau ve en torno al campo, tiene para él otro nombre, la traición nacional: «—¿Y quiénes representan hoy esa traición? —¿Querés que te diga los nombres? Macri, Carrió, Cobos, Gerardo Morales, Stolbizer. La lista todavía es larga» (*Página 12*, 27 de junio de 2009). En *La razón populista* Laclau explica el mecanismo por el cual la *plebs* se percibe a sí misma como *populus*, la parte como el todo: «como la plenitud de la comunidad es precisamente el reverso imaginario de una situación vivida como ser deficiente, aquellos responsables de esta situación no pueden ser una parte legítima de la comunidad» (113). La traición como principio de exclusión se desprende sin dificultad de la dicotomización populista del campo político.

Laclau no se cuestiona por la medida en que este éxito de «la derecha», que «ha apelado a una forma de movilización popular que transforma las demandas sectoriales de un grupo en el *significante* y una forma general de realineamiento» (en *Zoom*, 26 de junio de 2009), pueda ser consecuencia de decisiones del propio

«régimen popular». Reconoce que el gobierno perdió popularidad, pero entiende que ello se debió «a que se cometieron errores» (en relación a la Federación Agraria Argentina, por ejemplo). En otras palabras, que para Laclau el problema no radicaría en el desenvolvimiento polarizado del conflicto sino en factores contingentes.

Por el contrario, el *quid* de la cuestión, para Laclau, consistiría en que la frontera entre aquella configuración contrahegemónica y el espacio nacional popular del kirchnerismo no termina de demarcarse en forma suficientemente tajante:

Las medidas que [el gobierno] ha ido tomando desde la derrota de la resolución 125 han sido todas progresistas, desde la estatización de las jubilaciones, pasando por la nacionalización de las compañías aéreas y una larga serie de medidas. Falta todavía que todas esas medidas progresivas cristalicen alrededor de ciertos imaginarios colectivos, que la gente perciba que la sociedad está dividida en dos campos [. . .] Lo que quisiera ver es una interpelación más fuerte a los sectores populares por parte del Gobierno. Porque presentar una especie de catálogo de medidas progresistas está muy bien, pero eso no es suficiente. Esas medidas progresistas tienen que ir cristalizándose a través de *slogans* y símbolos que vayan presentando una división radical de la sociedad. Como lo hicieron *slogans* del pasado como *Patria o coloniaje*, *Braden o Perón*: ese tipo de cosas es lo que todavía está faltando para poner las cosas blanco sobre negro. (En *Zoom*, 26 de junio de 2009)

Este poner las cosas en blanco y negro sería la condición indispensable para dar paso a un proyecto de cambio. Dicho de otro modo, el populismo, tanto como la lógica política delegativa, son necesarios, según Laclau, para contrapesar la inercia conservadora de las instituciones: «La dimensión del populismo tiene que intervenir porque las instituciones son la cristalización de las relaciones de fuerza en la sociedad, con lo cual, impulsar un proyecto de cambio implica romper esos límites institucionales sin negarlos del todo. La derecha, por el contrario, siempre instrumenta un discurso institucionalista porque niega la dinámica propia del proceso de cambio» (en *Zoom*, 19 de junio de 2009). Esto resulta poco consistente con su observación de que la derecha habría logrado conformar un bloque contrahegemónico durante el tramo de intensa movilización de 2008. Pero más allá de este punto incidental, Laclau refuerza así la identificación entre populismo y política y la contraposición de este par con administración, término al que ahora las instituciones quedan adheridas: «la democracia representativa pura asume que las instituciones mismas son las que tienen real legitimidad, y yo creo que sin un elemento delegativo tampoco hay democracia. Las instituciones, además de formas legítimas de canalización de demandas, son formas que expresan el *statu quo*» (en *Debate*, 19 de junio de 2009). El énfasis anti institucionalista de Laclau guarda proporción con la medida en que las instituciones son percibidas por él como impedimentos al cambio.

Con todo, el problema político argentino, para Laclau, no estribaría solamente en esta contraposición (populismo y política – administración e instituciones),

sino también en la estructura de la sociedad civil, que erigiría obstáculos para que, lo que debe ser, se realice efectivamente:

—[. . .] En este país el único proyecto desde la izquierda con vocación hegemónica ha sido el kirchnerismo. Pero no sé si puede llegar a transformarse en una fuerza populista como representan Evo, Chávez o Correa.

—¿Por qué?

—Porque todavía la imagen símbolo de cambio no está consolidada. La sociedad civil argentina es mucho más estructurada que esas otras sociedades. Y con esa multiplicación de demandas, la cristalización simbólica tiene que pasar por muchas más mediaciones. Es más difícil desarrollar un populismo en la Argentina que en otras sociedades. (En *Debate*, 19 de junio de 2009)

Difícil pero necesario, e inscripto, además, en lo que sería para Laclau la experiencia democrática latinoamericana:

En la experiencia democrática de las masas latinoamericanas hay, por un lado, una tendencia administrativista, oligárquica o tecnocrática, que consiste en diluir el poder en una serie de instituciones corporativas. Por otro lado, una tendencia populista que lleva a la consolidación del poder alrededor de ciertos centros. Ahora, esos centros tienen como punto importante de referencia la concentración en ciertas figuras [. . .] Toda la movilización del campo en el 2008 fue una movilización contrahegemónica, que consiguió que muchas demandas populares, que debieron ser parte del campo popular, se situaran en la vereda de enfrente. Ahora hay que reconquistar ese espacio, es decisivo. (En *Debate*, 14 de junio de 2010)

Es más difícil desarrollar un populismo en Argentina de hoy donde, por otra parte, habría sido la derecha la que obtuvo algún éxito al respecto; no obstante lo cual, esa es la tarea política primordial y por tanto la ruptura institucional ha de ser mucho más enérgica:

—A diferencia de Cristina, el gobierno de Néstor parece haberse concentrado más en la construcción populista.

—No, no llegó a hacerlo y tampoco Cristina. Se necesita algo más para tener una cristalización populista del tipo de Chávez o Perón. No han dividido a la sociedad en dos campos.

—Sin embargo, si hay una vocación que tiene clara Néstor Kirchner es la de construir adversarios.

—Es cierto. Es el único que entiende el momento agonista de la política.

—Ayer fue el menemismo, hoy *Clarín*.

—Yo diría los medios [de comunicación], de eso no hay duda (en *Debate*, 10 de mayo de 2010)

Si bien se mira, la tarea propuesta, tomando en cuenta los factores adversos —institucionales y sociales— resulta descomunal; de lo que no caben dudas es que Laclau es consciente del grado de concentración del poder que requeriría.

No obstante, Laclau yuxtapone, en algunas ocasiones, la prescriptiva populista con una división del campo político marcada por el reconocimiento recíproco, la competencia y la alternancia:

El espectro político tiende a la polarización, pero la polarización no ha encontrado su límite ni su forma definitiva. La Argentina está evolucionando hacia una polarización dentro de un sistema institucional. Puede parecer un poco optimista, pero creo que es así. De a poco se está llegando a una situación de un país vivible, con un sistema político relativamente estable, en el que va a haber un centroizquierda y un centroderecha. De un lado y de otro va a haber también unos loquitos marginales. Por centroderecha estoy pensando que podría crearse un espectro opositor viable electoralmente, un tándem entre —menciono nombres tentativos, sólo como ejemplo— Ricardo Alfonsín y Hermes Binner [. . .] También habrá fórmulas de izquierda aberrantes. Mucho me temo que mi viejo amigo Pino Solanas está representando ese papel [. . .] Si llegáramos a un sistema político con una fuerza de centroizquierda y una fuerza de centroderecha, que configuraran el espacio del poder, la Argentina podría tener un sistema institucional bastante estable. Siempre los sistemas políticos oscilan entre las fuerzas institucionalistas, que tienden a mantener las relaciones de poder, y las fuerzas del cambio. Si el centroderecha gana las próximas elecciones, en ese caso las fuerzas del *statu quo* habrán predominado sobre las fuerzas del cambio. (En *Página 12*, 17 de mayo de 2010)

Podemos considerar patentemente incongruente la aproximación entre una polarización populista —con hegemonía nacional popular, traidores, etc.— y un juego estable de competencia representativa, y también preguntarnos en qué medida Laclau no debería considerar, dentro de su propia lógica, la configuración de ese sistema institucional como el triunfo de la administración y la muerte de la política. Puede inferirse, con todo, que Laclau mantiene una genuina preferencia por el régimen democrático y procura, aunque sin conseguirlo, que sea dentro del mismo donde encuentre camino el desenvolvimiento de un populismo robusto (en línea con la «democracia radical» de Chantal Mouffe). Que no lo consigue se hace manifiesto en su ponderación temporal: «en América latina, más que en Europa, el momento presidencialista, el momento populista, va a ser más fuerte que el otro [. . .] Es muy difícil decir cuánto debería durar, diría que por todo un período histórico» (en *Página 12*, 17 de mayo de 2010).

Como ya dije, sostengo que entre las preferencias normativas de Laclau de *La razón populista* y el Laclau militante hay una diferencia contextual, pero no incoherencia. Las ideas principales que Laclau ha volcado al amplio público de la vida política están, todas, presentes en *La razón populista*. Una de las principales es la identidad, ya señalada, entre política y populismo y su contraposición con la administración. Pero, al contrario de lo que sostiene expresamente Laclau, entre el populismo y la administración hay una ancha franja, no una simple línea. Y al interior de esta franja es concebible una política progresista tan distante del positivismo de la administración como del hegemonismo populista.

No hay identidad entre política y populismo. Hay política fuera del populismo, y no por excepción. Esto es así por varias razones. Una de las más importantes es que las «demandas democráticas» de Laclau no precisan eslabonarse en una cadena equivalencial ni articularse bajo la hegemonía de un significativo vacío, para ser políticas de pleno derecho. Tomemos por ejemplo las demandas por los derechos humanos. Laclau nos dice que los setenta y ochenta, frente a las dictaduras latinoamericanas, estuvieron inscriptos en la cadena equivalencial del «pueblo» contra aquéllas. Pero veamos el caso argentino; cualquiera que lo conozca sabe muy bien que esto no es cierto. En el mejor de los casos, las demandas de derechos humanos entraron en una cadena equivalencial de un «pueblo», durante la transición, con Raúl Alfonsín. No obstante, no hay ninguna razón para considerar que las demandas de derechos humanos durante la dictadura no fueron políticas. Y se pueden considerar ejemplos muy variados de «demandas democráticas» que no precisaron formar parte de cadenas equivalenciales para ser plenamente políticas, como el feminismo, el Movimiento dos Sem Terra brasileño o las propias demandas de la sociedad globalizada a las que se refiere Laclau.

Por otra parte, las experiencias políticas efectivas de distintas orientaciones, que no son populistas —y sería inconcebible reducir a la mera administración— son incontables. Entre los ejemplos de efectividad y orientación progresista se cuentan las socialdemocracias del siglo pasado, capaces de conciliar la representación liberal-democrática con el procesamiento del conflicto social. Pudieron construir estados nuevos, ampliar y consolidar derechos y constituir regímenes políticos competitivos relativamente estables.

Quizás la diferencia central entre política institucionalista y política populista sea que la primera, empleando el léxico de Laclau, hace coincidir los límites de la formación discursiva con los límites de la comunidad (nación, constitución) pero de modo combinado con el trazado de fronteras al interior (los líderes democráticos no populistas están forzosamente administrando una tensión, o una incongruencia, entre un discurso que incluye a todos y remite a los límites simbólicos de la comunidad, y el trazado de fronteras) mientras que la política populista hace de ambas fronteras una sola. Precisamente, un fuerte implícito del pensamiento de Laclau consiste en que toda división del campo político es una división populista.

Pero no es así (la equiparación reduccionista política-populismo está, desde luego, en la base de esta identificación). Probablemente toda política, inclusive una política de composición, suponga cierta división del campo político. Pero esta división no es necesariamente populista en su profundidad o radicalidad, ni en su extensión. En su profundidad: es decir, no adopta inevitablemente la matriz de dicotomizaciones de deslegitimación (pueblo-antipueblo, nacional-antinacional, etc.) con todas las consecuencias que de ello se sigue. Y en su extensión: la división del campo político tampoco es necesariamente populista, puesto que sus cadenas equivalenciales no constituyen forzosamente una división que

comprenda dicho campo en su totalidad (o que tienda a absorber-politizar toda la vida social). Y no toda línea divisoria separa u opone configuraciones que cuenten con un significante hegemónico.

CARTA ABIERTA: ENTRE EL PRÍNCIPE Y LA MOVILIZACIÓN

Otros protagonistas de la relación entre consejeros y príncipes durante los gobiernos de los Kirchner fueron los integrantes del grupo Carta Abierta, que emerge al calor del conflicto con el campo⁸. Lo primero que llama la atención en los textos de este grupo es la lectura que formulan de la situación política abierta en consecuencia de las iniciativas del gobierno y de las reacciones a la misma. En efecto, la polarización fue leída en clave populista y ciertamente esta lectura incidió en los modos en que el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner identificó públicamente el problema (ello se hace patente en la pronta y decidida adopción del término más original que aporta el grupo, «destituyente», por parte del discurso oficial).

Así, dirá el grupo en su primera carta abierta: «Como en otras circunstancias de nuestra crónica contemporánea, hoy asistimos en nuestro país a una dura confrontación entre sectores económicos, políticos e ideológicos históricamente dominantes y un gobierno democrático que intenta determinadas reformas en la distribución de la renta y estrategias de intervención en la economía» (Carta Abierta 1, s/p). Un conflicto de intereses con los productores agropecuarios, que de hecho estaba en curso pero que alcanzó abruptamente su punto álgido cuando el gobierno dispuso administrativamente mayores retenciones a la exportación de soja, es percibido como una batalla de múltiples dimensiones entre el gobierno democrático y un bloque de actores «históricamente dominantes». La contraposición ya no es con el mundo de los intereses y agentes económicos, enardecidos a partir de disposiciones gubernamentales, sino que ha devenido, para Carta Abierta, en un enfrentamiento con un actor sociopolítico y sociocultural suficientemente cohesivo como para tener una voluntad unificada, destituyente o golpista. Entre este encuadre y el tipo de conflicto político del peronismo histórico —un conflicto moral, entre buenos y malos, pueblo y antipueblo, nación y antinación— prácticamente no existen diferencias:

La oposición a las retenciones —comprensible objeto de litigio— dio lugar a alianzas que llegaron a enarbolar la amenaza del hambre para el resto de la sociedad y agitaron cuestionamientos hacia el derecho y el poder político constitucional que tiene el gobierno de Cristina Fernández para efectivizar sus programas de acción, a cuatro meses de ser elegido por la mayoría de la sociedad. Un clima destituyente se ha instalado, que ha sido considerado con la categoría de golpismo. [. . .] En la actual

8 El grupo Carta Abierta está integrado por intelectuales en su mayoría de origen peronista y cuya experiencia política más importante tuvo lugar en la década del setenta.

confrontación alrededor de la política de retenciones jugaron y juegan un papel fundamental los medios masivos de comunicación más concentrados, tanto audiovisuales como gráficos. (s/p)

Así, lo que estrictamente fue, como señalé anteriormente, una iniciativa gubernamental bajo un cálculo de costos y beneficios similar al de otros enfrentamientos sostenidos por el gobierno (costos limitados al sector directamente afectado, beneficios fiscales así como electorales), es interpretado como el ocasionador de una batalla integral debido a la «indiscutible responsabilidad y firmeza al instalar tales cuestiones redistributivas como núcleo de los debates y de la acción política desde el poder real que ejerce y conduce al país» (s/p). La mirada de los autores de la carta es, en sí misma, una perspectiva en la que la magnitud y el papel de los actores se modifican significativamente —por caso, la hipótesis de que los «medios concentrados» tuvieron un papel determinante en la configuración de los términos del conflicto no resiste a un examen de los hechos (y no faltaron los críticos que la calificaron de fantasiosa, conspirativa y hasta paranoica).

Pero, en verdad, más que con preocupación, el conflicto gobierno-productores agropecuarios fue percibido con esperanza, ya que es la apertura de una oportunidad: de que las coordenadas de la política argentina se establezcan firmemente en una matriz populista en la que los distintos campos de acción social estén apropiadamente politizados:

En este nuevo escenario político resulta imprescindible tomar conciencia no sólo de la preponderancia que adquiere la dimensión comunicacional y periodística en su acción diaria, sino también de la importancia de librar, en sentido plenamente político en su amplitud, una batalla cultural al respecto. [. . .] Es necesario crear nuevos lenguajes, abrir los espacios de actuación y de interpelación indispensables, discutir y participar en la lenta constitución de un nuevo y complejo sujeto político popular, a partir de concretas rupturas con el modelo neoliberal de país. (Carta Abierta 1, s/p)

Ese nuevo y complejo sujeto político popular debe ser gestado en una tarea que abarque la totalidad de lo social (y del mismo modo que a Laclau, los pasos dados por el gobierno le parecen insuficientes al grupo):

La relación entre la realidad política y el mundo intelectual no ha sido especialmente alentada desde el gobierno nacional y las políticas estatales no han considerado la importancia, complejidad y carácter político que tiene la producción cultural [. . .] Son sociedades cuya complejidad política y cultural exige, en la defensa de posturas, creencias y proyectos democráticos y populares, una decisiva intervención intelectual, comunicacional, informativa y estética en el plano de los imaginarios sociales. [. . .] Teniendo en cuenta esta escena de nuestra actualidad, nuestro propósito es aportar a una fuerte intervención política —donde el campo intelectual, informativo, científico, artístico y político juega un rol de decisiva importancia— en el sentido de una democratización, profundización y renovación del campo de los grandes debates públicos. Estratégicamente se trata de sumar formas políticas que ayuden a fecundar una forma más amplia y participativa de debatir. (s/p)

Las nociones gramscianas, retomadas por Laclau, de hegemonía y guerra de posiciones, se pueden leer entrelíneas⁹. Es muy llamativo que el conflicto haya sido interpretado por el grupo como una promisorio chance para una reformulación tan desmesurada de los términos de la lucha política argentina. No lo es menos que el grupo confiara en que el gobierno pudiera inclinarse por ese camino.

POPULISMO Y POLÍTICA PRESIDENCIAL

El discurso político de los Kirchner, confrontado con las intervenciones públicas de Laclau y del grupo Carta Abierta, se diferencia nítidamente de ambas en que su registro no es populista si nos mantenemos, como hasta ahora, en el marco conceptual proporcionado por Laclau sobre el populismo. Se ha observado (Aboy Carlés y Semán) en el discurso de Néstor Kirchner durante los primeros años de su gestión una propuesta de sentido unificador en términos de una «comunidad reparadora de derechos». Según esta propuesta de sentido, los destinatarios principales de la obra de gobierno serían todos aquellos cuyos derechos fueron conculcados en las décadas anteriores habiendo pues un reconocimiento de ellos como sujetos de derechos. Así las cosas, se establecería claramente una cadena equivalencial entre demandas democráticas (estamos empleando el léxico de Laclau) y entiendo que el término «comunidad» que emplean Aboy Carlés y Semán alude a ello. No obstante, ni Kirchner deviene en significante vacío ni su discurso establece una división de la sociedad y la política en dos campos. Sigamos a Laclau:

[E]l populismo requiere la división dicotómica de la sociedad [. . .] en dos campos —uno que se presenta a sí mismo como parte que reclama ser el todo [. . .] esta dicotomía implica la división antagonica del campo social [. . .] el campo popular presupone, como condición de su constitución, la construcción de una identidad global a partir de la equivalencia de una pluralidad de demandas sociales [. . .] la noción de frontera antagonica [. . .] concibe a la sociedad como dos campos irreductibles estructurados alrededor de dos cadenas equivalenciales incompatibles. (Laclau, 35)

Ya he señalado que ni la «transversalidad» ni el justicialismo proporcionaron el terreno fértil para la construcción de una identidad global, de modo tal que la cadena equivalencial de aquellos cuyos derechos fueron menoscabados fue virtual, pero no cristalizó en un nuevo actor político (obsérvese que tanto Laclau como Carta Abierta hicieron explícita esta ausencia y abogaron por su superación). Por tanto, estrictamente Kirchner no devino en una «superficie de inscripción» (significante vacío) de las múltiples demandas equivalentes. Las esperanzas que Laclau depositara en la «transversalidad kirchnerista» a tal efecto obviamente no se realizaron; pero al desplazar Kirchner su red de alianzas

9 Véase De Ípola para un examen del concepto de hegemonía en el marco de la obra de Laclau.

hacia el peronismo, el nuevo «nosotros» queda negativamente condicionado por dos limitaciones complementarias. Por un lado ¿quiénes son los peronistas? (muchos de ellos integran el contingente de «responsables» de los males argentinos y fueron protagonistas de la década del noventa). Y por otro, ¿qué son los no peronistas? Ni la condición de peronista ni la de no peronista sirven para establecer una frontera entre «nosotros» y «ellos».

Pero además, el discurso kirchnerista (tanto en lo verbal como en los lazos políticos) no se orientó al establecimiento de una frontera antagónica ni concibió a la sociedad como dos campos irreductibles.

Como señala Juan Lucca, la adversatividad kirchnerista se hizo patente contra las corporaciones (militares, empresas extranjeras, organismos multilaterales de crédito y medios de comunicación) que Kirchner fue poniendo en la picota consecutivamente a lo largo del tiempo: primero las FFAA, luego las empresas (los conflictos con Shell, Esso, aguas, correos), luego, hacia la época de la reestructuración de la deuda, el FMI, y por último los medios de comunicación (blanco que se realza en los discursos de Cristina Fernández). La constante en términos de antagonismo radical en un continuo temporal claramente se da con la década previa al 2001 y la diferenciación de la experiencia autoritaria (1976-1983) va y viene de acuerdo más con el público o con el actor a enfrentar que con otra cosa. Kirchner apela sí al *mix* antagonista del discurso sobre la lógica neoliberal de los noventa y autoritaria de los setenta cuando el embate contra algo/alguien es completamente radical.

Estos rasgos no permiten identificar al discurso de Kirchner como populista. Su retórica tiene en general un fuerte tono emotivo vinculado con la reparación y el renacimiento, a la refundación de la patria como una gesta de todos donde el presidente convoca a que lo acompañen en una larga marcha por la recuperación de la autoestima y de la dignidad nacional. Hay ciertamente división del campo político y adversarios que son descalificados, pero la línea divisoria es móvil y los adversarios van cambiando. De modo que no se traza una frontera que contribuya a darle perdurabilidad a una identidad. Como, al mismo tiempo, Kirchner no echa mano sino muy limitadamente a las interpelaciones peronistas más ortodoxamente populistas, el resultado es una adversatividad difusa y configuraciones identitarias imprecisas.

La siguiente es una retórica típica de Néstor Kirchner, siendo esta vez la empresa Aguas Argentinas el destinatario: «Que el pueblo argentino vea cómo pueblos como Ituzaingó están sufriendo a estas empresas que no respetan el derecho de los argentinos, que es el derecho a la salud, que es el derecho a un servicio que es fundamental para la vida» (Kirchner, setiembre 2005, s/p).

No hay una nominación que unifique en una naturaleza común de enemistad, una pluralidad de sujetos, confiriéndoles así a los mismos el rol de la cadena equivalencial opuesta e incompatible con la popular. Retomando lo señalado en páginas anteriores, la división del campo político no tiene ni la profundidad ni la extensión propias de la populista. La identificación

de contrarios está fuertemente personalizada (en las figuras de la década del noventa, a quienes Kirchner hace responsables de los males que Argentina adolece) y muchas veces aparece diluida bajo la imputación de pusilanimidad, falta de voluntad o coraje:

[E]n esta Argentina podemos recuperar la equidad, la justicia y la dignidad perdida por muchos motivos. Perdida porque es un país que se fue construyendo hace 30 años desde el punto de vista económico con un marco estructural absolutamente injusto, perdida porque hubo una dirigencia a la que le ha faltado coraje y valor —a alguna parte de esa dirigencia— para tomar las determinaciones que hay que tomar. Siempre el miedo: «hagamos esto o se viene el caos». Y quedamos siempre dependiendo de pensamientos y filosofías de tipo económico, que realmente generaron una concentración muy fuerte del ingreso y una injusta distribución del mismo, concentración económica, un marco estructural de corrupción que nunca conoció la Argentina. (Kirchner 2003, s/p).

Mucho más que con un enemigo presente, la frontera es con un pasado cercano, el que antecedió y desembocó en la crisis 2001-2002. Los distintos modos de definición del otro se prestan muy poco, así, a la conformación de una cadena equivalencial opuesta y a la demarcación de una frontera de suficiente contraste. Por ejemplo:

Ahí están los que hablaban del déficit cero, ahí están los que hablaban del superávit fiscal primario, ahí están los que hablaban del ordenamiento y de la administración del Estado, nos entregaron un país fundido y quebrado. Nosotros, sin hacer declamaciones, estamos construyendo un país donde el superávit fiscal primario es cosa de todos los días, donde el superávit comercial es cosa de todos los días, donde el crecimiento de la actividad económica es algo permanente. (Kirchner, noviembre 2007, s/p).

Aunque el «ellos» opuesto puede encontrarse echando mano del general Perón, sus metáforas presentan las mismas limitaciones: «Es como decía el General Perón: “hay un hilo invisible que los une a los que no quieren cambiar nada y a los que dicen que quieren cambiar todo, pero que ayudan a que no cambie nada”, y la única forma de poder superar esta instancia es que trabajemos todos juntos, pero con claridad, sin doble discurso, sin hipocresía» (Kirchner 2004, s/p).

A veces, un registro de composición domina claramente, más todavía cuando la contraposición se erige, como ya observé, en relación al pasado:

Por eso queridos hermanos, sabemos lo que nos pasó, sabemos las cosas que nos sucedieron, sabemos cuáles fueron los intereses, cuáles fueron los rostros, sabemos quiénes vaciaron el país. Convoco a todos los argentinos, argentinos de todos los partidos, de todos los pensamientos, de todas las fuerzas gremiales y empresariales, en la pluralidad y el consenso, a darnos cuenta que tenemos que salir de la lucha corta para emprender la construcción de un campo nacional fuerte. No hay que tener miedo de hablar de lo nacional y de lo popular, no hay que tener miedo de hablar de justicia y equidad [. . .] con el orgullo de sentirnos

dignos de ser argentinos, para que el mundo entero vea que los argentinos volvimos a ganar el derecho a la esperanza y a la ilusión, que los argentinos nos hemos decidido a reconstruir la Patria y a refundarla. (Kirchner, junio 2005, s/p).

Y el siguiente párrafo también ilustra el punto:

La Concertación Plural busca crear, busca imaginar, busca superar, busca que de las verdades relativas logremos verdades superadoras que nos contengan a todos, no busca enfrentar a nadie, no busca denostar a nadie. Sino por el contrario, trata de generar un consenso plural para profundizar la gobernabilidad en la Argentina. Por eso, a todos los intentos radicales, vecinalistas, socialistas, de otras fuerzas políticas que nos acompañaron [. . .] Trabajemos para consolidar la convivencia, para respetarnos en la diferencia, para saber en pluralidad, en democracia y sabiendo que las elecciones a veces se ganan y a veces se pierden. (Kirchner, diciembre 2007, s/p)

Desde luego, el lector podría argumentar que, mal disimulada tras un velo, en estas afirmaciones se esconde «la *plebs* [que] se percibe a sí misma como *populus*, la parte como el todo» de Laclau (38). Creo que no es el caso; la plenitud de la comunidad, «reverso imaginario de una situación vivida como ser deficiente» (38) se traza en relación al pasado y no está acompañada por una lógica de exclusión como sería el caso en una neta configuración de frontera entre dos campos antagónicos¹⁰.

POPULISMO Y MILITANCIA

Resulta interesante observar que, entre los grupos políticos y las organizaciones sociales que orbitan en torno al gobierno nacional, ha surgido una corriente de «kirchnerismo crítico» que, presentando un perfil agudamente populista, es la otra cara de la medalla del kirchnerismo «realmente existente». Se trata de una veintena de organizaciones que suscribieron un documento (en *Clarín*, 16 de julio de 2010, s/p) cuyo propósito, más que el de defender al gobierno, es tomar una posición al interior de las fuerzas oficialistas. Así, proclaman «bancar frente a los gorilas destituyentes al gobierno kirchnerista» agregando que «el movimiento popular debería sustentar este ciclo que aún está en construcción» y llamando a «construir la fuerza política necesaria para profundizar el proceso [. . .] [y

10 Aboy Carlés lleva a cabo una fina reelaboración del concepto de populismo de Laclau: «el populismo es, para nosotros, una forma particular de negociar esa relación entre la afirmación de la diferencia fundacional y la pretensión de encarnar una representación global de la comunidad a través de un sistema pendular característico de inclusiones y exclusiones. No cualquier pendulación entre equivalencia y diferencia es populista, ya que de ser así deberíamos conceder que toda identidad lo es. Sólo un sistema que agudiza constantemente esa tensión a través de un extremado juego de inclusiones y exclusiones constituiría una identidad populista *tout court*» (55). Tampoco en este marco conceptual cabría considerar al kirchnerismo como populista.

constituir] el movimiento revolucionario del kirchnerismo» (s/p). Echando mano del léxico de la dialéctica asumen que hay contradicciones principales y secundarias y reclaman «poner el Estado en manos de la militancia y los trabajadores, desplazando a la tecnocracia» (s/p)¹¹.

La extensión del principio igualitario (Cheresky en Palermo et al.) está a la orden del día en nuestras sociedades: «Hay un proceso de ampliación democrática, de expansión de la consciencia del principio igualitario [. . .] Esa manifestación tiene un grado de politicidad limitado, que es el de la multiplicación de las demandas particulares» (7), observa Cheresky. Con gran frecuencia, esta expansión se presenta acompañada de la emergencia de nuevas identidades, centradas en el particularismo de sus demandas. Esta dimensión de la política en la región, y en Argentina, puede verse desde otro ángulo (Palermo): la paradoja de la política de nuestros días, bajo el impacto de procesos diversos de décadas recientes —concentración económica, fragmentación y desigualdad social, exclusión, etc.— con su carga de frustración combinando un sensible malestar individual y colectivo, escepticismo, susceptibilidad crítica, individualismo, apatía, desactivación parcial o total de muchas formas antiguas de acción colectiva por una parte y, por la otra, una exigencia elevada sobre la calidad y los rendimientos de la política. Esta paradoja es el meollo del desafío que enfrentan dirigencias que no cuentan, en general, con recursos y capacidades a la altura de las circunstancias. La *gente* descrea de la política, pero proliferan nuevas formas de acción sociocultural que demandan intensamente sobre ella sin desprenderse del escepticismo.

En este contexto, la respuesta populista ¿es viable?, ¿es democráticamente adecuada? Como afirmé en otro lugar (Palermo et al.) la capacidad por parte de los actores domésticos de contrarrestar o penalizar acciones gubernamentales en clave populista es muy alta, dichos actores domésticos cuentan con más instrumentos «precisamente porque en el marco de un Estado que está sometido a contestaciones globales tanto como locales, esos actores han ganado poder relativo» (6). Creo que ello se puso de manifiesto claramente en el conflicto gobierno-campo de 2008. Pero la inviabilidad política de modalidades populistas de acción y la tensión sobre las rutinas y las instituciones democráticas son dos caras de una misma moneda. Cuanto más difícil es «desarrollar un populismo» (como el propio Laclau admite), tanto más probable es que, si se lo intenta, tenga lugar una desgastante guerra de posiciones que, abarcando todo el arco institucional, oponga voluntades polares hegemónicas y contrahegemónicas y tanto más probable es que la tríada estado-pueblo-líder se erija con el impulso de sofocar el pluralismo social y político.

Laclau (en Palermo et al.) sostiene que «el problema básico de la democracia es cómo combinar formas liberales con identidades nacional-populares. Sin

11 En conversación con el periodista, plantean que Kirchner debe resolver si se apoya en los «sectores populares» o si por el contrario se recuesta sobre una generación que definen como «liberal, complaciente y estéticamente correcta [. . .]. Es la hora de la militancia, no son tiempos para tibios ni acomodaticios [. . .] La fuerza social es más que el acierto de un funcionario técnico ilustrado» (s/p).

esas identidades nacional-populares, es decir, sin que la gente se vea a sí misma como actores sociales, es prácticamente imposible tener una democracia real» (15). Dejando de lado aquí las connotaciones que los adjetivos nacional y popular implican para la democracia, es difícil, si no imposible, imaginar cómo el desarrollo de un populismo podría dar lugar a una combinación feliz entre formas liberales e identidades políticas. La índole populista (en el modo en que Laclau la entiende) la choca con la índole liberal puesto que ambas conllevan concepciones prácticamente opuestas de la relación entre gobierno y poder.

A la hora de analizar la tensión entre la lógica de la diferencia y la lógica de la equivalencia y la hegemonía del significante vacío sobre las demandas sujetas a esas lógicas, Laclau nos dice que

la única posibilidad de tener un verdadero exterior, sería que el exterior no fuera simplemente un elemento más, neutral, sino el resultado de una exclusión, de algo que la totalidad expele de sí misma a fin de constituirse (un ejemplo político: es mediante la demonización de un sector de la población que una sociedad alcanza un sentido de su propia cohesión) [. . .] [N]o hay totalización sin exclusión [. . .] [D]icha exclusión supone la escisión de toda identidad entre su naturaleza diferencial, que la vincula/separa de las otras identidades, y su lazo equivalencial con todas las otras respecto al elemento excluido. (29)

Para Laclau esta característica del exterior es propia de la lógica populista; no es, por tanto, fortuito el ejemplo. La demonización es expresiva de un impulso intenso a acabar con la tensión entre equivalencia y diferencia, hacia la pura equivalencia. Laclau no recurre a eufemismos para precisar los contrastes; en rigor, la incompatibilidad radical entre democracia pluralista y régimen populista resulta patente —mientras que movimiento populista y pluralismo democrático sólo pueden convivir mal. ¿Acaso podrían hacerlo bajo la égida de una constitución que comprende a todos en un juego de diferencias legítimas? De allí la frecuencia con que los regímenes populistas reforman las constituciones, no apenas con el propósito de habilitar las reelecciones.

Pero Laclau introduce en su análisis elementos de indeterminación que juzgo necesario tener en cuenta. En el populismo, nos dice que

la identidad del enemigo también depende cada vez más de un proceso de construcción política. Puedo estar relativamente seguro de quién es el enemigo cuando, en luchas limitadas, estoy luchando contra el concejo municipal, las autoridades sanitarias o universitarias. Pero una lucha popular implica la equivalencia entre todas esas luchas parciales, y en ese caso el enemigo global a ser identificado pasa a ser mucho menos evidente. La consecuencia es que la frontera política interna se volverá mucho menos determinada. (37)

Hay que admitir que Laclau es franco y preciso. Este párrafo no puede prestarse a malentendidos; si la frontera interna se vuelve menos determinada, hay que pensar que es principalmente la palabra del líder (dado el papel que desempeña en la

articulación populista) la que la traza con una gran libertad de acción. Y con una elevada incertidumbre para todo aquel actor que se encuentra en las márgenes de esa frontera «menos determinada». O mejor dicho, para muchísimos, lo que hay es un radical desconocimiento de dónde se encuentran, en cada momento, en el campo político. Por otra parte, no se trata de que el enemigo sea «identificado» porque es menos evidente. Estrictamente, ese enemigo global es construido, a diferencia de lo que corresponde a las «luchas democráticas». No hay una identidad a descubrir sino una necesidad de construir un enemigo (quizás por eso el término «desenmascarar» tenga en algunas experiencias la importancia que tiene). De allí que «para cualquier demanda democrática, su inscripción dentro de una cadena equivalencial constituye un arma de doble filo [. . .]. [E]l “pueblo” (la cadena equivalencial) posee sus propias leyes estratégicas de movimiento, y nada garantiza que estas últimas no conduzcan a sacrificar [. . .] los contenidos implícitos» (38). Si la identidad de las fuerzas populares tanto como la del enemigo se vuelve más difícil de determinar, la vacuidad resuelve el problema a su modo creando una superficie de inscripción *de cada lado*. Por ejemplo, «oligarquía», como significante vacío, superficie de inscripción, es radicalmente impreciso. Laclau nos ayuda a entender bien por qué. Pero las consecuencias políticas son alevosas, porque cualquier conflicto, de cualquier tipo, puede ser remitido al campo antagónico. Por caso, estar en contra de la posibilidad de reelección indefinida puede inscribirse en el significante «oligarquía». (El empleo del término como proyectil contra los «malos dirigentes» durante el peronismo histórico es un ejemplo). Bajo el comando del líder, estos caminos son desde luego más letales para el caso de un régimen populista que para el de un movimiento populista de oposición (la relación entre Perón y la guardia laborista ilustra el punto)¹².

CONCLUSIONES

Tanto Ernesto Laclau como el grupo Carta Abierta son muy expresivos de una configuración político/intelectual que, aunque emparentada con concepciones existentes en otras regiones, ha tenido al mundo hispanoamericano por terreno fértil. La acción política es concebida como el antagonismo entre dos campos que abarcan en su totalidad la esfera social y política; el poder es entendido como en flujo en un juego de suma cero en el cual las instituciones que lo limitan no forman parte de la política; los intereses se pueden y deben unificar (y descalificar en contrapartida) y absorber en configuraciones identitarias totalizadoras. Es fácil concluir, a partir de los elementos que despliega Laclau en *La razón populista*, que el autor es consciente de la incompatibilidad entre pluralismo político y populismo político. ¿Cómo resuelve Laclau esta incompatibilidad? Como teórico no lo hace, muestra los puntos de tensión sin dificultad. Como militante, se inclina por proponer al populismo como modo de pensar

12 Sobre el tema del liderazgo en regímenes populistas, en crítica a la perspectiva de Laclau, véase De Ípola y Portantiero y De Ípola.

y actuar la política (la advertencia, por ejemplo, que formula a algunos sectores contra el peligro de «ser cooptados por la derecha», ilustra el punto).

Cuando una fuerza política populista alcanza el poder, sólo puede ser consecuente consigo misma alterando la naturaleza del régimen, esto es, quebrando las limitaciones de naturaleza liberal. Lo llamativo de la experiencia kirchnerista radica, a mi entender, en que el fuerte impulso a la hegemonía político-institucional, al quiebre de dichas limitaciones, es sostenido por una fuerza política que no lo acompaña con un intento de reconfiguración radical, en términos populistas, del campo político. Tanto Laclau como Carta Abierta se hacen cargo, de un modo u otro, de este déficit (es así como lo entienden) de los gobiernos kirchneristas. ¿A qué se debe que el kirchnerismo no haya invertido plenamente en la constitución de una fuerza populista? A mi entender, las razones pueden encontrarse en la debilidad de origen del nuevo presidente en 2003 y en la necesidad consiguiente, perentoria, de constituir unas bases políticas de gobierno y electorales que le proporcionaran estabilidad. Así las cosas, las operaciones que ya describí, concentradas en adversarios puntuales, y teniendo a la opinión pública por tercero en el juego, brindaban resultados de corto plazo más seguros que los que la aventura populista podía ofrecer. Posteriormente, la opción de Néstor Kirchner por diluir la transversalidad y afianzar en el Partido Justicialista su base política de sustentación, no alteró las cosas, por dos razones. Primero, porque el peronismo, más allá de su trayectoria histórica, devenido en un conjunto de máquinas de implantación local y base clientelar, y extremadamente sensibles en lo que se refiere a los mecanismos de distribución de recursos fiscales, se prestaba mal a ese juego, y profundizar los lazos con él sugería más bien un camino que ofreciera garantías a la reproducción tanto electoral como fiscal de sus máquinas. Y segundo, porque el propio peronismo (como discutí más arriba), dada su insuperable fragmentación, se erigía como un obstáculo formidable al trazado de una frontera populista. En todo caso, el conflicto con el campo permitió una medición de fuerzas ilustrativa de una hipotética confrontación populista. Es llamativo que, a pesar de los resultados de este conflicto, tanto Laclau como el grupo de Carta Abierta no cesaran en su empeño por contribuir a que el kirchnerismo deviniera en el actor populista por ellos anhelado.

BIBLIOGRAFÍA

- Aboy Carlés, Gerardo. «La democratización beligerante del populismo» en *Debate*, n.12. Panamá: Asamblea Nacional de Panamá, 2007, pp.46-57.
- Aboy Carlés, Gerardo y Pablo Semán. «Repositionnement et distance du populisme dans le discours de Néstor Kirchner» en Corten, André, Vanessa Molina y Julie Girard-Lemay (dirs.) *La frontières du politique en Amérique Latine: Imaginaires et émancipation*. París: Karthala, 2006, pp. 185-202.
- «Carta Abierta 1» en *Grupo de Pensamiento Crítico*, 23 de mayo de 2008. Disponible en [http://www.pensamientocritico.info/articulos/otros-autores/134-carta-abierta\(1\).html](http://www.pensamientocritico.info/articulos/otros-autores/134-carta-abierta(1).html)
- De Ípola, Emilio. «La última utopía. Reflexiones sobre la teoría del populismo de Ernesto Laclau» en Hilb, Claudia (comp.) *El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2009.

- De Ípola, Emilio y Juan Carlos Portantiero. «Lo nacional popular y los populismos realmente existentes» en De Ípola, Emilio. *Investigaciones políticas*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1989.
- Kirchner, Néstor. «Palabras del presidente de la Nación, Dr. Néstor Kirchner en el encuentro con intendentes electos y reelectos, en el Salón Sur de Casa de Gobierno» en *Presidencia de la Nación Argentina*, 3 de diciembre de 2007. Disponible en http://www.casarsada.gov.ar/index.php?option=com_content&task=view&id=3793&Itemid=120
- . «Palabras del presidente Néstor Kirchner, al término del acto de firma de convenios, entrega de subsidios y anuncios en la provincia de Santa Fe» en *Presidencia de la Nación Argentina*, 9 de junio de 2005. Disponible en http://www.casarsada.gov.ar/index.php?option=com_content&task=view&id=4339&Itemid=71
- . «Palabras del presidente de la Nación, Néstor Kirchner durante el acto de firma de acuerdos en San Justo, Partido de la Matanza, Buenos Aires» en *Presidencia de la Nación Argentina*, 9 de setiembre de 2004. Disponible en http://www.casarsada.gov.ar/index.php?option=com_content&task=view&id=4244&Itemid=71.
- . «Palabras del presidente de la Nación, Néstor Kirchner, en la reunión con diputados del bloque del Frente para la Victoria» en *Presidencia de la Nación Argentina*, 28 de noviembre de 2007. Disponible en http://www.casarsada.gov.ar/index.php?id=1416&option=com_content&task=view.
- . Kirchner, Néstor. «Palabras del presidente Néstor Kirchner en Ituzaingó, provincia de Buenos Aires» en *Presidencia de la Nación Argentina*, 20 de setiembre de 2005. Disponible en http://www.casarsada.gov.ar/index.php?option=com_content&task=view&id=4388&Itemid=120
- . «Visita a Rawson» en *Presidencia de la Nación Argentina*, 27 de junio de 2003. Disponible en http://www.casarsada.gov.ar/index.php?option=com_content&task=view&id=4024&Itemid=120
- Laclau, Ernesto. *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Lucca, Juan. «Relación entre partidos populares y sindicalismo. Los casos de Argentina y Brasil». Mimeo, 2010.
- Palermo, Vicente, Lucía Aboud y Annabella Musseri. «El gobernador pasó en helicóptero. La Asamblea Ciudadana Ambiental de Gualaguaychú en el conflicto por las «papeleras» en *Movimientos socioculturales en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2009, pp.15-79.
- Palermo, Vicente, Ernesto Laclau, Isidoro Cheresky, Liliana De Riz, Susana Villavicencio y Claudia Hilb. «Reinterrogando la democracia en América Latina» en *Argumentos. Revista de crítica social*, vol.8. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani, 2007. Disponible en www.argumentos.fsoc.uba.ar.

PRENSA CONSULTADA

- Clarín*, 8 de agosto de 2004
- Clarín*, 29 de mayo de 2007
- Clarín*, 20 de junio de 2010
- Clarín*, 16 de julio de 2010
- Debate*, 14 de abril de 2008
- Debate*, 19 de junio de 2009
- Debate*, 10 de mayo de 2010
- Debate*, 14 de junio de 2010
- Página 12*, 5 de junio de 2005
- Página 12*, 22 de setiembre de 2008
- Página 12*, 27 de junio de 2009
- Página 12*, 17 de mayo de 2010
- Radar*, suplemento de *Página 12*, 5 de junio de 2005
- Veintitrés*, 4 de junio de 2009
- Veintitrés*, 11 de noviembre de 2010
- Zoom*, 26 de junio de 2009

Recibido el 4 de agosto de 2010.
Aceptado el 13 de setiembre de 2010.